

COMEDIANTS Canet era el infierno

JAUME BOIX ANGELATS

Más sabios por diablos que por viejos, los Comediantes oficiaron con demoníaca maestría el aquelarre de Canet. Fue una sorpresa para los congresistas que agradecían la ocasión de salirse por unas horas de ponencias y comunicaciones en el recinto de Montjuïc. Embarcados en un convoy de autocares, previo aviso de que mudarían corbatas y chaquetas por prendas deportivas de algodón —y a poder ser impermeables— los participantes en el Congreso fueron facturados a Canet de Mar, el pequeño pueblo de la costa del Maresme donde viven, cuando allí paran, los Comediantes.

El espectáculo fue *Dimonis*, el mismo que terminó en Aviñón con el asalto de las tropas luciferinas al Palacio de los Papas, el que congregó en el Retiro madrileño a 50.000 fervientes acólitos, el que originó en Granada aquel rosario de protestas y devotos actos de desagravio a Ma-

ria Santísima. Canet, su pueblo, no había visto todavía la fiesta infernal, de modo que los Comediantes se la ofrecieron a cargo del Congreso, y de paso, los congresistas tuvieron la oportunidad de ver al grupo en su propia salsa. Fue un éxito.

El pueblo se volcó. Desde el alcalde al último municipal, todos contribuyeron con ilusión a hacer de aquella noche una fiesta inolvidable. "Se van a enterar los del Congreso lo que tenemos aquí en Canet", parecía ser la consigna. El personal indigena se sabía observado por los forasteros venidos de la ciudad y de otras partes del mundo; los congresistas se sentían a su vez vigilados por sus anfitriones en aquel pedazo del infierno. De modo que, unos y otros, actuaron —porque en este espectáculo actúa todo dios— con un suplemento de interés que elevó la velada a la categoría de fiesta mayor: hubo gritos, espantos, carreras, asombros, petardos, cohetes, pólvora, azulre y toda la alquimia precisa para que un espectáculo se convierta en mágico, es decir, para que se palpe, se viva el fenómeno de la participación compartida que, si no sonara a irreverente, deberíamos llamar comunión.

Hubo de todo menos acclidentes. Pero esto no fue milagro



Asombro, carreras, pólvora y azulre. (Fotos: Gó.)

ni casualidad. El zafarrancho general y en apariencia caótico que organizan Comediantes responde a una planificación muy

culdad. Varios días de trabajo previo, con un estudio detallado del recorrido de la comitiva, de la trayectoria de los cohetes, la



Una atracción que viene del siglo XVI.

LA PASSIÓ Peregrinación a Esparreguera

D. C.

Si la noche del miércoles descendido a los infiernos de azufre de Canet, conducidos por la luciferina turba de Comediantes. Si el espeso y dulce sabor de la pólvora abrió los sentidos al pecado, el Congreso, siempre equidistante y equilibrado, organizó una no menos concurrida peregrinación a Esparreguera el viernes, donde les fue dado a los congresistas descender a las aguas lustrales de una vieja tradición de drama sacro, conservada desde el siglo XVI, según cuentan los cronistas, por todo un pueblo justamente orgulloso de su herencia secular, dueño de una sabiduría asombrosa en materia de efectos, movimientos de masas, contrastes y trucos de aparato escénico. Una estética de colores, de estampa, de santos de Olot, una iconografía de pintura piadosa, para unas representaciones que

tienen lugar en el teatro al que da nombre el propio suceso escénico, La Passió, con una capacidad para 1.800 espectadores y un escenario donde evolucionan hasta 400 personas.

Las representaciones de La Passió solamente tienen lugar durante diez domingos consecutivos en los meses de marzo, abril y mayo, depende de la fecha de la Pascua. Comienzan a las 10 de la mañana (de 10,15 a 12,30) y se reanuda por la tarde (de 15,15 a 18). A los congresistas se les ofreció una versión más reducida, que comenzaba con la entrada en Jerusalén y concluía con la celebrada y multitudinaria escena de la Ascensión. Más de un congresista pasó a engrosar el número de los extras debidamente vestido y maquillado y pudo después contar el especial clima que se respiraba entre los actos y detrás del telón de la sala. Un clima distendido, propicio a las bromas, a la conversación, al encuentro de plaza pública. Los vecinos cuentan que entre los descansos de La Passió se han acordado negocios, se han concertado bodas y arreglado pleitos. Dentro del horario de la representación, la gente de Esparreguera entra y sale del teatro de acuerdo con sus obligaciones y las exigencias del es-

mayoría de los cuales funciona con mecanismos de retardo, de los efectos, de los pags, explica que los *Dimonis* consiguen salir a flote de entre una multitud que siempre parece excesiva y siempre excesivamente animada en busca de marcha.

Con la fiesta bajo control, y el personal bastante exhausto, los Comediants ofrecieron luego el segundo acto de la velada: una cena para 800 en los amplísimos jardines de su residencia. Una carpa de circo, miles de bombillas iluminando los caminos y un gran pastel con castillo de fuegos incorporado. Y la gente dándole a la sopa de cangrejo (240 litros), las espaldas de cordero (70), a las manzanas (130 kilos), vino (300 litros) y al ron (otros 300) que fue quemado al final, cuando la gente comenzaba ya a desfilarse pasadas las 2 de la madrugada y algunos cantaban habaneras.

Jacques Lecoq que fue profesor de Joan Font, alma de los Comediants, abrazó a su exalumno. Tenía lágrimas en los ojos y no era a causa del humo, ni de la pólvora, ni siquiera del miedo a los petardos, ni menos aún del vino. Era de emoción. "No creo que pueda irse más allá en un espectáculo participativo", decía. Tratándose de los Comediants, yo no diría tanto forastero. Porque a Joan Font, más listo que el demonio, comenzaron a brillarle los ojos. Seguro que está ya tramando el más difícil todavía.

pectáculo, que es compatible con las labores de la casa o con la atención a otros negocios. Es una fiesta tan perfectamente engranada que deja traslucir un grado de espontaneidad y de frescura que contagia a los espectadores. Durante los diez domingos que se programan las representaciones, el pueblo es también una fiesta abierta a los visitantes, que acuden normalmente en autocares, con su comida de campo, y siguen minuciosamente el desarrollo de las escenas, los cuadros vivientes o estáticos, el verso, arcaico y el gesto medido, entregado de generación en generación.

Una exposición fotográfica, instalada en el propio teatro, contaba con extraordinaria elocuencia las innovaciones sufridas cada año por una representación siempre igual en esencia y siempre sorprendente en vivo, llena de aciertos y de sorpresas cada año. Los testimonios fotográficos de épocas pasadas, sobre todo las que corresponden a las representaciones de comienzos de siglo hasta la guerra civil, tienen un especial encanto y ofrecen un testimonio impresionante de la fidelidad, la imaginación y el entusiasmo que las gentes de Esparreguera han puesto en la conservación de sus tradiciones.



Los muñecos "indígenas" de la exposición Gol. A la derecha, Tortola Valencia en 1928.



ESCAPARATES DE PAPEL

Las exposiciones de teatro

D. C.

Inaugurada en vísperas del Congreso y abierta hasta la segunda semana de junio, la exposición "El passeig del Teatre" (1929-1985) resume en el histórico recinto de las Reales Atarazanas un apasionante itinerario por el teatro catalán de más de medio siglo, exactamente, el comprendido entre las fechas de los dos congresos, el del 29 y el del 85. Cien metros de extensión por 25 de ancho media el cauce de una apasionante corriente que atravesaba años de euforia, de depresión, de recuperación y de firmeza en un itinerario donde por primera vez era posible contemplar el esfuerzo solidario de las gentes del teatro en Cataluña en lo que va casi de este siglo. El cauce se dividía también para ofrecer una información más pormenorizada a los fenómenos teatrales más recientes. Un presupuesto de diez millones de pesetas y largos meses de trabajo de un equipo de realizadores encabezados por Ferran Freixa y Santi Giró, han hecho posible este panorama cuyo fin último será el propio Museo del Institut del Teatre. Nuestros lectores conocen parcialmente los materiales de la exposición, cuya cronología, re-

dactada por Jordi Coca y Guillem-Jordi Graells, era parte esencial del cuaderno monográfico editado en nuestro número anterior como anticipo del Congreso.

Por su parte, el Palau Güell albergó una deliciosa exposición dedicada a la bailarina Tortola Valencia (1928-1955), la musa de los intelectuales de comienzo de siglo, desde Valle-Inclán a Benavente, pasando por Eugenio D'Ors, Baroja y Benavente. Una diosa sensual que trajo a los escenarios españoles un aire exótico, refinado, orientalista y libertino que la mereció condenas y entusiasmos. Una gran figura de los escenarios internacionales que seguramente supieron apreciar mejor que en el nuestro la radicalidad de su arte. Tortola Valencia, sevillana de nacimiento, iba a morir en Barcelona en el más triste de los olvidos. La exposición es toda una sorpresa. Valga como muestra la imagen que reproducimos, caracterizada para una de sus danzas más representadas. "La africana", que lleva fecha, como la dedicatoria indica, de 1928.

La obra teatral de Albert Vidal apareció expuesta durante el Congreso en el marco de Metro-nom, con distintos actos, como se comenta en otro lugar de esta crónica. Leopoldo Samsó, el excelente fotógrafo que ha seguido con meticulosidad las distintas experiencias de Albert Vidal, colgó de aquel espacio una serie de impresionantes testimonios fotográficos.

Otro gran fotógrafo catalán, Josep Gol, exponía en un espacio cedido por la "Caixa" de Barcelona una sugestiva muestra de

su trabajo. Gol podría decirse que realiza una tarea de creador y a la vez de cronista. Entra y sale del trabajo de las compañías captando detalles, elementos insólitos, costuras del envés de los espectáculos. Maravilla su precisión, su gusto por el color y su entrega absolutamente profesional. Comediants, Joglars, La Cubana, La Fura... son compañías "visitadas" por la perspicacia y la poderosa capacidad de síntesis de este fotógrafo. Un ridículo incidente protagonizado por socios del Real Cercle Artístico, al que pertenece la sala Arcs donde se celebraba la exposición, tomaron la iniciativa de descolgar de la terraza donde estaban colocadas unas reproducciones de los cabezudos de Comediants, que ambientaban y señalaban el lugar de la exposición "L'espectacle a Barcelona". Al parecer, los socios, sin mediar explicación, hicieron desalojar las reproducciones por considerar que eran indignas de un edificio declarado de patrimonio artístico. No obstante, en el propio edificio, el Real Cercle Artístico tiene instalado un bingo, actividad según parece, más cercana al arte y al patrimonio.

Por último, en la Fundación Joan Miró se había instalado una magnífica exposición dedicada a los Teatros del Africa Negra, realizada por el Centro Pompidou de París sobre un guión de Bernard Magnier, uno de los congresistas participantes en el encuentro de Barcelona. A la exposición y a su comentario dedicaremos otro espacio en nuestro próximo número, dado su interés extraordinario.